

Más allá del falo*⊗

María Lenor Solimano

Las mujeres no están castradas por las mejores razones, porque ellas el falo no lo tienen.
Jacques Lacan¹

Hay un goce, ya que al goce nos atenemos, un goce del cuerpo que está si se me permite [...] más allá del falo.
Jacques Lacan²

Como ustedes saben, Lacan antes de enunciar las fórmulas la sexuación, pensaba que el sexo se definía por una identificación con el falo: ser o tener el falo.

Más tarde, en el *Seminario 17*, prepara el camino hacia las fórmulas de la sexuación, encarando la cuestión del Edipo femenino a partir de una relectura de Dora. En esa lectura cuestiona al padre idealizado freudiano y ubica la castración no como un fantasma sino como la operación real del lenguaje sobre el cuerpo.

A partir del *Seminario 19* ya no piensa la sexualidad como la identificación a los ideales de la masculinidad y de la femineidad, sino que la sexuación se hace a partir de una elección de goce. Ubicarse del lado masculino o femenino es siempre una decisión del sujeto.

En la parte superior de las fórmulas de la sexuación, Lacan ubica cómo se posicionan los hombres y las mujeres respecto del predicado fálico.

Las relaciones entre una mujer y un hombre se inscriben en la lógica fálica, ya sea porque ella es tomada como objeto de su deseo o haciéndose dar por él esos objetos *a* de los cuales ella se ocupará maternalmente.

Lacan va a decir que la lógica masculina es que para todo hombre es posible predicar el falo y que existe al menos uno para quien el falo no se puede predicar, y es por extraer algo del conjunto que el conjunto se arma.

Pero, a diferencia de Freud, para Lacan quiere decir que todos están castrados, hombres y mujeres, tomando como punto de partida que nadie lo tiene. Porque lo que se tiene es un órgano y este órgano no es el falo.

* Trabajo presentado en el Seminario Enlaces 2020 “Invenciones en la sexuación”. Clase “Más allá del falo”, 20 de abril de 2020.

⊗ En la edición impresa de la revista Enlaces N° 26 continúa esta Sección donde encontrará los siguientes artículos: “Condiciones del encuentro amoroso” por la misma autora, “Una habitación propia femenina” por Dominique Laurent y “Hombres y mujeres en Lacan: del siglo XX al siglo XXI” por Mónica Torres.

Pasando al lado femenino lo primero que hace es negar la excepción: si del lado masculino existe al menos uno que se exceptúa, de este lado no existe al menos uno que no. Son todas excepcionales. Ninguna tiene nada en común con la otra. No hay universal femenino.

O sea: no existe ninguna que no sea excepción, todas excepcionales. La lógica femenina es completamente dispersa, proveniente de un conjunto abierto. Es la famosa una por una. Por eso el hombre se las tiene que arreglar con una.

Este goce más allá del falo es una respuesta singular a lo femenino y escapa a la lógica binaria.

Ahora, en la parte de abajo de las fórmulas, del lado masculino Lacan coloca al sujeto tachado $\$$ (S barrado) y al falo (Φ).

Del lado femenino coloca La mujer tachada, $L\bar{a}$ (La barrada) por eso La mujer no existe, sino que ese lugar está vacío. Existe una mujer. Solamente el hombre encuentra a La mujer con mayúscula en la psicosis.

También Lacan escribe de este mismo lado: el objeto a y el Significante del Otro tachado $S(A)$ A barrado. Esta repartición tiene flechas que permiten ver cuáles son los *partenaires* y todos los modos de encuentros posibles.

Alguien que se ubica del lado hombre, ubicándose respecto del predicado fálico, asegurando que la castración vale para todos, exceptuando Uno, sea cual sea el sexo biológico, anatómico, imaginario o real. El ejemplo máximo de esta posición es el soltero casado con su falo. Lacan lo llama el goce del idiota.

La degradación de la vida erótica sería el trayecto que Lacan traza desde el $\$$ (S tachado) hasta el objeto a , que está del lado femenino. Es decir que el hombre goza de una parte del cuerpo de la mujer que tiene prevalencia para él.

Para pensar qué es lo propiamente femenino, hay que pensar una posición totalmente desinteresada en el tener, también en el ser porque el ser es para tener. Lacan lo ejemplificaba con Medea, con Madeleine Gide y con *La mujer pobre* de León Bloy.

Lacan insiste en la contingencia fálica en el campo de la sexualidad femenina como *no-toda fálica*. Es decir que puede haber interrupciones; por ejemplo, el acto de Medea no obedece a la lógica fálica. Una verdadera mujer se revela cuando el sujeto está preparado para el sacrificio de todos los bienes. Para la madre los hijos tienen un valor fálico y son objetos a .³

Se vengó así de Jasón matando a sus hijos para romperle el corazón y destruir para él lo más valioso. Su acto rompe con la lógica fálica y es una encarnación de la castración aunque no la realice, apunta a herir al hombre en lo que tiene de más precioso.

En el caso de Madeleine, Gide amaba a su esposa pero no tenía con ella relaciones sexuales, tenía numerosas relaciones con hombres jóvenes. Pero un día Madeleine vio que él tenía un nuevo amor, entonces quema sus cartas a las que Gide llamaba sus hijos; este es el signo del desencantamiento provocado por la única traición intolerable.

A Clotilde, que es el personaje de León Bloy en *La mujer pobre*, le pasa de todo: se queda sin trabajo, se muere el hijo, el marido y ella termina como mendiga. A fuerza de sufrir, la eliminación del registro del tener. Ella solo existe en la pobreza, ni siquiera una recompensa divina. Es sin nada.

La conexión de La mujer tachada *Lá* (La barrada) con el Significante del Otro tachado S(A) A tachado, del lado femenino nos conduce a la experiencia mística que tiene como *partenaire* a Dios, una manera especial del amor, una forma de amor exaltada. Esta forma de obtener goce, goce en el cuerpo a partir de palabras de amor es una característica de la posición femenina. Un goce que no sabe nada del falo y que no está causado por el objeto *a*, es un goce forcluído de lo simbólico. Es el goce que la femineidad escamotea.

“Hay allí hombres que están tan bien como las mujeres. Son cosas que pasan” dice Lacan en el *Seminario 20*, refiriéndose a Juan de la Cruz, “a pesar [...] de lo que a guisa de su falo les estorba”.⁴

Podemos pensar la escritura mística como el intento de obtener un testigo de eso que experimentan a nivel del cuerpo y ese es un pasaje por el Otro.

Allí existe la idea de un goce Otro, del cual se puede intentar esclarecer el goce femenino. Leyendo a los místicos vemos que se indica un goce en el que la opacidad del cuerpo gozante le dice que no a la función fálica. Este goce excede toda localización y pone fuera de circuito el soporte de la imagen o del significante.

Notas

¹ Lacan, J., “El saber del psicoanalista”, Charlas en Sainte Anne, Inédito.

² Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aun*, Paidós, Bs. As., 1991.

³ Morel, G., *Ambigüedades Sexuales. Sexuación y psicosis*, Manantial, Bs. As., 2002.

⁴ Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aun, op. cit.*, p. 92.